

FERNANDO CASTILLO VELASCO

UN HOMBRE MANSO Y BELICOSO. CATOLICO Y DEMOCRATACRISTIANO. UN ARQUITECTO QUE TOMA "LOS VALORES DE VIDA QUE TIENE LA MUERTE".

Por OLGA ARAYA CESPEDES

LOS diplomas trepan por los muros del escritorio de su casa. A los típicos, de universidades chilenas y extranjeras, se suman pergaminos de agradecimiento. Testimonios de gratitud de profesores, alumnos y pobladores.

Este arquitecto-hombre público imprime su sello en todo: en sus casas-comunidades, sus Torres de Tajamar, su desempeño como alcalde de La Reina, su rectoría en la Universidad Católica, su militancia política, su religiosidad. También en su enfrentamiento con un cáncer a la laringe y un corazón con By Pass.

Nació un 15 de agosto, hace 69 años.

—¿Se ha respondido a la pregunta de "quién soy"?

—Creo ser justo. Un hombre manso. En realidad algo belicoso. Con los años he acrecentado el respeto. Trato de recibir la inteligencia de los demás, para trabajar con ella. Me siento un creador en la arquitectura. Sólo en eso.

Fue un mal alumno en la Universidad Católica, porque no le gustaba hacer lo que le imponían:

—En el curso de la vida he realizado lo propio de mi profesión. En arquitectura uno no puede ser plagista o reconstructor del pasado. Voy poniendo ladrillos sobre ladrillos para construir espacios donde el hombre se refugia.

—Con los ladrillos de su vida, ¿logró su espacio de refugio?

—Mi proyecto era ser arquitecto y construir una familia. Con esos dos instrumentos yo iba a edificar mi mundo. Pero me llegaron cosas soñadas... o insoñadas, como el grado de Doctor Honoris Causa. No inmerecido. Creo en los juicios de la gente que tomó la decisión.

—Enfrentando la muerte en forma directa, ¿busca algo soñado o insoñado?

—Que mis hijos exiliados vivan en su tierra al lado de sus padres. No quiero morir como un perro, solo y aislado, en un Chile que mucho amo. El segundo sueño es construir un mundo físico donde vivamos todos. Ellos ya están enviando el dinero necesario para esta obra. Espero reunir a la familia en torno a un lugar de vida.

Susurra:

—La muerte está próxima. El tiempo es corto.

—El saberlo, ¿lo ha cambiado?

—Creo que no, sólo hago las cosas con más urgencia. Me gusta dar pasos y terminarlos; que no queden truncos. He valorado mucho más la verdad de mi religión. El hecho de captar un límite en los años, se junta con las posibilidades de una vida más, de una sobrevida.

—¿La sobrevida de la vida eterna?

—No sé cómo va a ser el momento mismo de la muerte, pero ahora tomo los valores de vida que tiene la muerte. Y todavía no llego a molestias tan grandes como para gritar de dolor. Es todo muy aceptable.

—¿Siente, en alguna oportunidad, la "ayuda divina"?

—Sí, por ejemplo, la última vez que viajé a Estados Unidos donde voy a operarme. No había cupo en el vuelo de Miami a Houston. Yo debía entrar al pabellón al día siguiente. Era tanta mi desesperación que le pedí a mi hijo muerto: "Javier, por favor ayúdeme". En segundos aparecieron dos pasajes. Es El que me ayuda a través de mi hijo. Creo que he tenido ayuda divina porque no he conocido un fracaso, nunca un camino equivocado. Nunca he tenido que arrepentirme de algo. Tengo mi conciencia completamente tranquila. He hecho las cosas que he querido. Todo lo que he ambicionado lo he tenido. Sufrí lo más que se puede con la muerte de un hijo, pero también ha llegado a ser como una especie de amistad.

—¿Es católico o buen cristiano?

—Soy mejor cristiano que católico, porque a veces cometo pecados, como no ir a Misa. Los grandes valores del cristianismo son la hermandad, la justicia, el respeto y la solidaridad.

Alza un poco su voz y enfatiza con las manos:

—Creo que Cristo vino a la Tierra por una liberación real y franca del ser humano. Eso se puede lograr y es lo que propone la Democracia Cristiana en su ideario. Creemos en una sociedad en que las organizaciones estén en manos de los trabajadores; donde no se admita la miseria porque hay un tope en las remuneraciones; donde el trabajo dignifique la vida, porque otorga derechos y deberes; donde el trabajador actúe conscientemente, porque será dueño de lo que haga. No son utopías. Son aspiraciones posibles de conseguir.

Sus sueños son inseparables de la política:

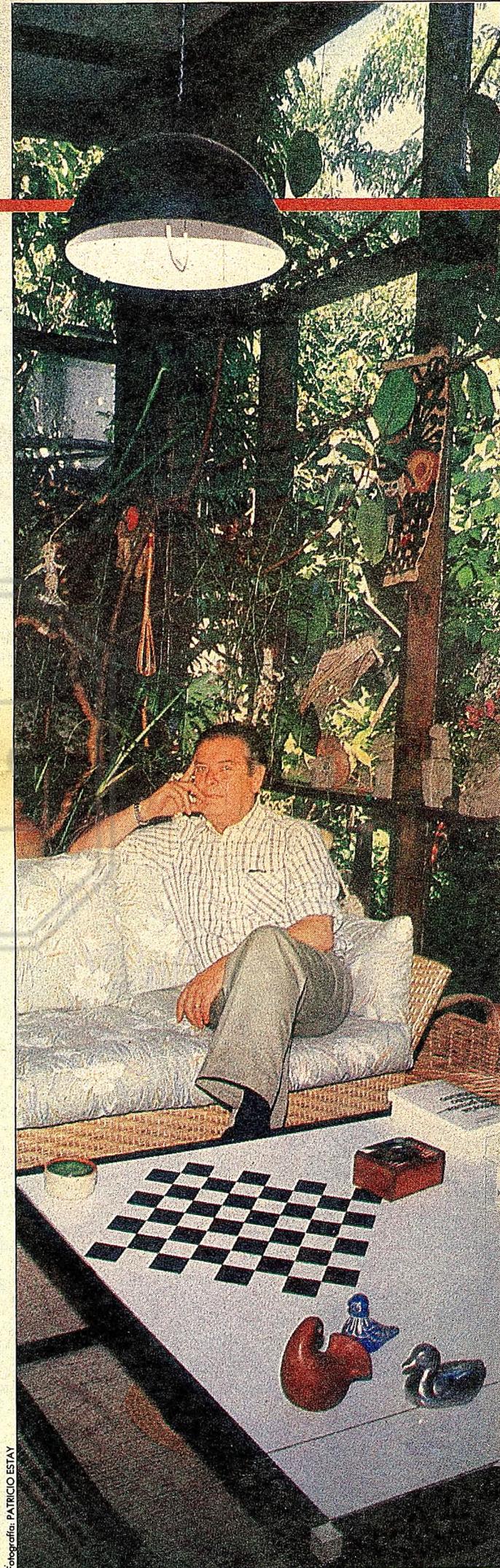
—Tengo una ambición que trasciende mi vida. Quiero el retorno de la democracia. La verdadera reconciliación de los chilenos a través de los logros de sus aspiraciones, un marco donde el pueblo chileno sepa que otra vez puede jugar su papel en la historia con mecanismos de participación y de gobierno, lo que implica el cese de una dictadura que nos oprime y nos desalienta mucho. Hay que recuperar la democracia, sin ningún apellidado, sin ninguna condición, excepto que el pueblo pueda decidir su destino.

—Usted señaló que las remuneraciones deben tener un tope, ¿usted ha logrado tener dinero para realizar sus proyectos?

—Nunca he vivido para la subsistencia. Pareciera que he tenido más de lo que necesito, pero mis requerimientos han sido tremendamente limitados. No he pedido a la vida muchas cosas que signifiquen dinero.

—¿En cuáles lo ha necesitado?

—Me gustan mucho los automóviles, tengo uno que ya cumplió quince años. No podría comprarme otro, pero tampoco tengo la necesidad de hacerlo. La enfermedad me ha demandado una cantidad enorme de recursos, que no podría haber enfrentado solo. Mis amigos me ayudan. Las operaciones en Estados Unidos significan siete mil dólares cada tres meses.



Fotografía: PATRICIO ESTAY

ENTRE

usted y yo